

### Yo después de ti.

La luz iluminaba la estancia mientras la tormenta estallaba dentro de ella. La furia y la rabia se apoderaron de su interior como si fuese parte de sí misma. Cerró los ojos y tragó saliva mientras las voces anónimas intentaban ordenar su laberinto de emociones. El golpe se escuchó como un estruendo que hizo temblar los cimientos de algo tan sólido que, ni el paso del tiempo, ni los avatares de lo cotidiano serían capaces de erosionar... Todo se hendió y nadie oía los lamentos que aullando como lobos desesperados desgarraban el alma. La madrugada tardó en despertar mientras huían las ilusiones resquebrajadas como ramas de un árbol incapaz de tenerse en pie. Agachó la cabeza y la sostuvo entre sus manos, le pesaba tanto como aquellos minutos en los que alguna vez pensó en dar un paso atrás y el tiempo se lo impidió. Volvió a su hogar; su templo donde sanaba todos sus males. Abrió la puerta y cerró etapas. Sus paredes sordas les daban la bienvenida; la luz tenue del ventanal se coló sin permiso para dar brillo a unos ojos apagados como candelas bajo la lluvia.

Se cayeron todos los naipes de la baraja, que barajaban sus sueños. Empezaron a rodar lágrimas saladas que escocían como la sal en una herida. Recordó que el mar se lleva las tristezas para mezclarlas entre sus olas y devolver el trago menos amargo a la vida.

Desempolvó la maleta que algunas veces la llevaba al lugar donde siempre se vuelve con el anhelo de ser feliz. Colocó su ropa mientras ella se descolocaba. Abrazó la foto de su vida en común y reparó en aquellos ojos de cielo que durante tantos años habían sido la ventana que la asomaba a la dicha de compartir, vivir...soñar. Hizo de sus sueños, atadillos y, los metió en la maleta los guardó para que nada ni nadie los rozara.

La despertó su ausencia con las manos sudadas por el miedo y el sopor en el rostro, era aún más vulnerable.

Deshizo el pañuelo de su cuello y dejó suelto el nudo de su garganta. Cogió lápiz y papel y escribió: Yo, después de ti. Cuando parecía que se alineaba todo su universo, el revés de la existencia se cruzaba en el camino y para después desaparecer como un olor que todo perfuma o todo lo hace insoportable hasta dejar el rastro de lo inacabado. Las noches serían cantos de sirena que despiertan al calor de dos manos apretadas al abismo. Las miradas envueltas en la seda de los proyectos aún no concluidos y el mejunje alquitranando lo que se pega al corazón para ennegrecerlo de por vida. Los pies echan el ancla, para no poder tirar hacia adelante; el rumbo enfría esperanzas y templea el futuro.

Los ojos cristales rotos empañados por la tristeza impedían asomarse a la vida. La primavera alardeaba de su belleza mientras la oscuridad de su paz se erguía como hiedra trepando por las paredes de su alma, imposibilitando vislumbrar a la esperanza. Se sentó en aquel sillón que quedó sin dueño. Sus enneas crujieron con pesar como si estuvieran vivas. La maleta entreabierta aguardaba con parsimonia la ropa y el incierto destino. Comenzó a ordenar la ropa mientras no encontraba el lugar donde ella cabría, se aseguró de que todo lo esencial estuviese dentro. El viaje sería hacia ninguna parte donde no lo pudiera llevar. El camino lo marcó una ausencia que ocupó durante toda su vida, mucho más de lo que fuera su existencia. Los sueños pendían de alfileres que se clavaban en el corazón, con la justa medida de no sangrar y permitir mostrarse al mundo. Buscaría en el atlas de su corazón un lugar donde la pena se recostase sobre algodones de azúcar; las lágrimas endulzaran como néctar de panal de abeja y los sueños descansaran sobre la paz de una sonrisa. Y voló con la imaginación y llegó hasta ese lugar. Descubrió la casa de golosinas que una vez aquel cuento la transportó para disfrute de todas ellas, pero cuando pasó el umbral, se sintió la pequeña Gretel y su vida la amenazaba la malvada Holda. No sabía cómo engañar a su pena para asomarla al mundo cuando la bruja se lo pidiera. Cerró la maleta y pondría alas volando hacia sus recuerdos. Mientras tanto, la vida fluía igual que la

sangre por las venas y la maleta se llenó de momentos que ya son diamantes en su existencia... Rubíes en su corazón.

Y pensó que el viaje es la esencia del trayecto; es destino es lo que menos importa. Y por fin llegó al lugar encantado donde los años se detienen en la candidez de la infancia. Se encontró al conejo de Alicia en el País de las Maravillas y le hizo descubrir rutas jamás soñadas. Se sintió la Cenicienta descalza porque no apareció su príncipe para buscar su zapato. La esperó el sastrecillo Valiente para decirle que no le temiera a nada, que la vida es un paseo por las nubes donde la llevaría Campanilla en su alegre revoloteo. Miró hacia el horizonte y, vislumbró un resplandor, se dejó llevar con sus melodías y el brillo de su flauta, el flautista de Hamelín ahogó sus penas en el río. Se sintió como Blancanieves con la manzana envenenada. Volvió a sentirse el Patito Feo de cara a la dicha.

Pensó que la vida es cuento y cada quien tiene su destino, y deseó con todas sus fuerzas que pasaran los años rozando su existencia con la sutileza del primer beso; con la inocencia de la primera vez de todo. Entonces, se sintió la Bella Durmiente, y deseó con todas sus ganas que no apareciese su príncipe azul en este mundo, que la esperara más allá, y por fin, darse el beso que los despertara a la vida.

**Oasis en el desierto.**